



Felipe Santos, SDB

**“Al verla, Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”... y enseguida se puso derecha. Y glorificaba a Dios” ( Lc 13, 12.17).**

Lo que Jesús realiza en sábado es una celebración de su sentido más profundo. Para Jesús, el sábado no está hecho para prohibir las obras de misericordia, sino para fomentarlas. Jesús te mira, te llama y te sana, Su tiempo es tiempo de salvación. Ésta es la verdadera alegría que nadie te podrá arrebatarte.

*Jesús, mírame a mí también. Bien sé yo que tu mirar es amar Y tu amor misericordia. Mi alegría, proclame tu gloria.*

Con frecuencia pensamos en el pecado como en una especie de espantajo para asustar a los niños, o como una realidad ajena que tiene que ver únicamente con la piedad religiosa. Pero el pecado es algo bien distinto, como nos muestra el evangelio. Puede acecharnos en cualquier momento y quebrar nuestra monótona existencia. Puede también agobiarnos hasta encoger nuestro ser.

La mujer que acude a Jesús luego de toda una vida de sufrimiento lo hace en un momento en que ve fracturadas sus fuerzas humanas. Como ella, todos podemos pensar que somos capaces de soportar el pecado o incluso de aprender a convivir alegremente con él. Sin embargo, el pecado tiene poder para doblegarnos, para sumirnos en el dolor, la angustia y el sufrimiento. Sólo una actitud de soberana libertad nos puede inducir a buscar la ayuda del único que nos puede liberar; y a romper los cercos mentales, e incluso las grandes doctrinas religiosas que se convierten en obstáculos cuando de redimir a un ser humano se trata. Jesús sale al paso de sus adversarios y contiene con ellos, no para dar muestras de su poder y autoridad, sino para utilizar su capacidad transformadora y hacer de su autoridad una fortaleza para obrar siempre el bien.